EL AFAN DE RECORDAR

ESCENIFICACION

El terco quehacer de la memoria, y sin confabulación de misterios, la palabra heredada y situada por voluntad propia en retratos precisos, encuentros de una presencia amiga, eres eco de tus amigos, incluso eco de los demás, una orientación que agrupa lo anónimo y lo añorado, paisajística que es muy tuya, la hora llegada en su desafío, vivir en lo esencial, aledaños de sentimientos y de sensibilidad, la obstinación de la conciencia que rehúye la facilidad, la poesía con burbujas, una tensión en los recuerdos, el poeta con la convicción de amistades compartidas, el poeta en su necesidad de recordar. En realidades y azares, aunque alejándose la palabra de vallados subversivos, y es tu autenticidad, es tu mirada sin máscara, Vicente Aleixandre o las pulsaciones íntimamente relacionadas con la emoción de estrechar la mano amiga y querer evocarla después. Verdades fluyentes, y no en riada, sino en gratas aguas expansivas. Desde tu centro focal venoso y radiante, hacia fuera, siembra con el arte de lo radiante, tus caminos memorísticos, tu fiel fuerza de surcos y tejidos, irrigación de tu sangre ejemplarizada y solidaria en hondísimas comprensiones. Ojos que calan en zarzales oscuros del vivir y soñar, ojos que se cuelan por rendijas y resquicios de lo biográfico. Vida y obra, lentísimo caminar de poesía confortadora, aleccionadora. Los retratos llevan orla civil, llevan nombre adecuado, y sabemos reconocer a quien se nos describe, no surgen interpretaciones, comunicativa voz de las claridades sabidas y recordadas, siempre topaste con corazones del soñar hermoso, siempre supiste encontrarte con poetas y escritores, a todos ofreciste la pasión de existir y de escribir, sin destrucción y sin ruinas, fuiste y eres luz en las sombras del paraíso, el dominio aunque vasto no ahoga a nadie, no asfixia nunca, memoria de los sentimientos y pese a haber historias dolorosas no se aprieta hasta la muerte, hay invasión de maravillosos soles, memoria que nos ofreces que filtra escenas y silue-

tas, que se vuelve conductora de las descargas eléctricas de la aventura problemática del quehacer poemático. Tú y tus horizontes, la unitaria visión que se reparte en mil añicos, espejo con buenas proyecciones, palabra poética que recuerda y lo pregona sin espejismo alguno. Semblanzas incluso apasionadas en su rotundo tiempo de veracidad, amor humanista el tuyo, y con lo humano por bandera a los cuatro vientos. Tu sentido del mundo, tu acierto de interioridades al darle al hombre valoración permanente del cuerpo y de la amanecida, al hombre le das simbólica energía como medida de todo y de todas las cosas, tensión y hasta patetismo en tanto afán de recordar. La experiencia y el conocimiento en la limpidez de las miradas analizadoras. Es susurro o franco diálogo, pero nunca se alcanzan los extravíos del grito. Voz pese a todo con sus templanzas y desasosiegos, poeta sitiado y situado con sus recuerdos. Grupos generacionales, visitas, conversaciones, los amigo en tu casa de Welintonia, en el número 3, y que tantos y tantos dibujan en sus añoranzas. A todos acogiste, a todos hablaste, y a algunos recuerdas en páginas de encuentros y de retratos. Lo claro y lo oxidado con la guerra por medio. Un panorama indispensable el de tu sensibilidad acechadora de vida y sueños. Porque refulge un ámbito problemático siempre. En todo y en todos. No la piedra muerta de los bodegones en pintura, sino radicales naturalezas vivas con flores y cardos, con árboles y cerros rapados, una geografía dimensional que conoces y cultivas con amor. La predilecta intuición de la memoria, la hermosa proyección de lo expresivo. Digámoslo en delicada palabra coral:

El ojo reluce y ama: aséstase.

Visitas siempre de poesía y amistad. La mirada certera y expresando, y pintando y esculpiendo, Vicente Aleixandre que tanto recuerda y muy fielmente. Evoca:

Muy cerca está y le veo.

Aquí, allí, ahora, antes, siempre, la promesa realizada, afirmación cumplida, humanas fronteras del hombre-poeta, intensificación del recuerdo, la atmósfera aleixandriana tan suya y tan de todos, tan honda y tan solidaria.

IR HACIA ADENTRO

Adentrarse, no quedarse a la expectativa, fuera, ir hacia lo más hondo, hacia adentro, el poeta con sus coordenadas de constante exigencia, saber, mirar, recordar, el tiempo de la palabra escudriña-

dora, vida y poesía que transcurren en alianza y armonía, una interdependencia de estampas del corazón, dominio de vastedad y de otredad, la raíz de uno mismo, «este que aquí miráis / sus ojos abre» (perfil dámaso-alonsiano) y es luz que se cuela, avidez en el retrato, lo que espontáneamente es siempre estreno aunque haya etapas pasadas, el camino y no el cuento de nunca acabar, adentrándose se acerca la poesía a un vivir sin olvido, un «Cumpleaños» vicentealeixandriano, con atisbos del autorretrato sucesivo, prolongación de miradas, ese ir siempre hacia dentro, los años considerados como un punto de vista desde donde se domina el panorama, y lo así visto y así sentido acopla otras aproximaciones, alcanzándose la autobiografía más expresiva, años que van anudándose hasta llegar a ser la propia figuración del poeta:

Ellos son la larga historia de mi vivir.
.....
Más cuentas, más eslabones duros, más hierro frío.
La rebelión de los músculos.
Pero el corazón, encendido y cursivo,
y como un esfuerzo victorioso el vivir, el continuar
y el estremecerse.

Sopesar, con el terco afán de los recuerdos, estar en todo, eslabones de la cadena del existir y del soñar, imposible es que haya linderos y prohibiciones, alma en plenitud y asimismo completa, anhelo vivo del poeta, alma suya,

Resultada, dentro del pecho, puesta delante como una vida,
en redondo como el universo... (1).

Umbrales de bibliografía, un poeta en su universo redondeado, cosmogonía de mundos caóticos y desordenados y, asimismo, la variedad del bosque de homogeneidad hirviente de la vida. Sensibilidad sabia y autodidacta a fuerza de intuición, ramalazos que van al meollo de la autenticidad. ¿Caben las normas de una geometría tajantemente armónica y melódica, pero en una dirección única y dominadora? No hay moldes en exclusiva. Lo importante es el hervor. Ahí reside la esencialidad. Dentro del tiempo de crisis, dentro de las voces que cantan y se responden como trinos de pájaros en primavera, gozosa angustia y gozosa espera, inquietud fecundadora. Los años, eslabones, la lenta y larga historia. ¿Por qué el poeta iba a intentar destruir lo que, fatalmente, se autodestruye y en niveles de horizontes insospechados? Acaso manchas y tatuajes, la desnudez del

(1) En *Retratos con nombre.*

pecho al igual que una playa desértica. Desnudez, en ansia de ocupación, el hombre invadido, la memoria habitada. Afán de verse y hablarse, conocimiento en diálogos de comunión y escena social, el poema con amistades que se concentran de modo oscilante en las capas sensibles del poeta, cielo y océano y también la hierba de lo esperanzado por días y sendas que nunca cesan de vibrar metamorfoseándose. ¿Con adornos o afeites de reminiscencias morfológicas o trascendentales? No es eso ni mucho menos, sino gestos y acciones de la gesta del amor, la hermosa y preocupante realidad que siente y ama y sueña y combate. Ternura del dramatismo comunicativo. Pasión que escoge sus paisajes humanos. Se necesitan todas las cuerdas de la guitarra, sin lamentos, para el sonido musical anhelado, individual y universal. Vicente Aleixandre en sus poemas unitivos con savia de recuerdos. A eso le llamo latido compartido, respiración en convergencia. Y así es la madurez histórica del poema, la situación temporal y unitiva de las estrofas. Lo veo en la intensa fulguración que se muestra en la obra aleixandriana. Luz decantada, claridad depositada. Acendradamente. Sin tapujos. Sobre todo, cuando se trata de evocar ausencias o de ser eco dialogal de presencias queridas. Los poetas. Poetas en el poeta. El poeta con sus poetas. De dentro y fuera. Como es la resonancia de Paul Eluard, en «Voz lejana»:

> *Callad. Las calles lentas van despacio hacia las sombras.*
> *Las quejas como besos en lo oscuro se rompen.*
>
> *Pero fue más: una ira, una cólera, o un orden.*
> *Un orden soberano como en la mar las olas* (2).

Instantaneidad de la duración, lo efímero a través de sus pliegues de mármol. Inalterable luz de la sangre que se escapa, de la vida que es incendio, de la palabra que arde, de la historia que se quema. Un instante, o la eternidad. Voz de vida y muerte en los capiteles del mundo poemático. Ser, no ser, relacionarse. No se vaya más lejos, porque acude con explicaciones lancinantes eso de tanto monta y monta tanto. Ley de la sensibilidad que alumbra y acoge suavemente al vivir malherido de otras sensibilidades. Memoria, recuerdos, mutaciones, resonancias, proyecciones. «Y aunque hayamos olvidado aquellas palabras y hayan desaparecido hasta su sabor y significado, guardamos viva aún la sensación de unos minutos de tal modo plenos que fueron tiempo desbordado, alta marea que rompió los diques de la sucesión temporal. Pues el poema es vía de acceso

(2) Cfr. *Retratos con nombre.*

al tiempo puro, inmersión de las aguas originales de la existencia. La poesía no es nada, sino tiempo, ritmo perpetuamente creador» (3).

El poeta, quiérase o no, al margen de la comicidad, zarandeado siempre por las tensiones y agresiones del tiempo de vivir y soñar, nube o gaviota, ancla o extraviado andar, los ojos y la esperanza dolorida; sin embargo, con delicadeza va emergiendo una constante:

tengo mi corazón doloroso aquí fuera (4).

Texto homenajeador, conmovedora temática, el poeta en capacidad disponible de ternura, la poesía con espadas y asimismo con historias activas del corazón, protagonista en busca de efusión porque se lo pide su latido vital, comunidad que rompe soledades, comunicativa y comunicada verdad, garganta llameante y desnuda, materia humana y humanísima, tajante exclusión de la mudez, el poeta que se aleja de lo sobornable y cercenado, «servir: la única libertad de la poesía» (5), la insistencia de la emoción y, por qué no, de la belleza que a raudales se manifiesta en y fuera de nosotros, llanto y canción, «Fuente de amor, fuente de conocimiento; fuente de iluminación, fuente de descubrimiento; fuente de verdad, fuente de consuelo; fuente de esperanza, fuente de sed, fuente de vida. Si alguna vez la poesía no es eso, no es nada» (6).

Plenitudes con la imantación de la memoria, dar nombre de pila y apellidos a los recuerdos, obstinarse en ello, y ése es el itinerario de lo aleixandriano. No por mera característica de la retrospectiva, no por superficialidad, sino por amor, por adhesión y defensa de las múltiples significaciones de la comunicación y consumación del corazón en tensa historicidad. Es la certeza del acto creativo del poema:

Para ti, hombre sin deificación que, sin quererlas mirar,
estás leyendo estas letras.
Para ti y todo lo que en ti vive,
yo estoy escribiendo (7).

Nacimiento primero y último, conservación de recuerdos, impregnación sensible de las aventuras del tiempo activamente sentido y respirado, evocar, situabilidad de recepciones de cuanto existe en vida y ensueño, la palabra temporal y abarcadoramente persistente. El poeta, manantial de recuerdos. Vicente Aleixandre sin comodidades fáciles, en entrega a cuanto fluye y con anhelos de retención, arraigán-

(3) Cfr. Octavio Paz: *El arco y la lira*, p. 26, Fondo de Cultura, México, 1956.
(4) Cfr. el poema «Madre, madre», de *Espadas como labios*.
(5) Cfr. *Poesía, moral, público*, 1950, prosa aleixandriana (p. 1575, *OC*, Aguilar, 1968).
(6) Cfr. *Poesía, moral, público*, 1950, prosa aleixandriana (p. 1580, *OC*, Aguilar, 1968).
(7) Cfr. el poema «Para quién escribo», de *En un vasto dominio*.

dolo todo, acunándolo con sus zozobras surgidas del puro estímulo comprensivo y solidario. La memoria de las emociones. Pero completándose con la lucidez y el misterio de la responsabilidad poemática. A sabiendas de que todos los paisajes ofrecen soles y sombras, temblor indispensable del poema, hervor al que ya aludí y nos estremece apasionadamente, música del corazón nunca olvidadizo. Con borbotones y tormentas. De lo contrario, es como flor ajada en los altares, rosa marchita y con pétalos que se deshojan en esos retablos barrocos y dignos y durables y deliciosos (y añádase lo que se quiera en retahíla adjetival de complacencia) del tiempo malheridor de sentimientos y palabras.

Encuentros, la mirada acogedora, la interrogación del acercamiento, vienes y voy, hacia vosotros acudo porque oigo y obedezco a las llamadas, encontrarse, desearse, dialogar, puentes de una emoción continuada o de un cuaderno siempre abierto, fraternización, expresarse desde la hondura del pozo, desde la desnuda raíz de la garganta. Los acentos del vocativo en amigos y hermanos, eslabonamiento consciente y rabiosamente buscado y proseguido, tenaz historia de los intercambios caminados y anónimamente vividos. Recordar, sumirse en realidades de entender y ver, aquello de que: «El poeta formula con su obra una pregunta. A veces, no la contesta nadie; a veces, sólo un hombre: cada lector puede ser una respuesta al poeta. Pero la poesía es siempre multitudinaria en potencia. Yo he preferido dirigirme a todos, incluso a los que no me leen», frases de intencionalidad creativa dichas por Vicente Aleixandre al hablársele de su Premio Nobel, en 1977. Multitud del quehacer poemático, pregunta y respuesta, diálogo con interpenetraciones, eternidad de la memoria. Afanes de hallarse en sí mismo y en los demás, ejemplaridad de no apartarse de la problemática colectiva y universal. Al recordar, el poema se vuelve aplicación testimonial de los hombres. En el poema, aleixandrianamente, se condensan los corazones, se actualizan sus trayectorias.

Las heridas del tiempo, estrellas o espinas, indagaciones en la oscuridad, un temblor en la búsqueda, y va emergiendo la acción de memorizar, hay verbos en pretérito indefinido, tiempo que fluye y se escapa, cabe apresarlo, conviene detener el vuelo hacia comarcas borrosas, el tiempo de los recuerdos, tras las preguntas el eco y es casi reguero de lo que camina, estela en las olas de la tierra y del mar, «yo vi», o «quién miró, o «quién vio», formas verbales que ansían asentarse en la sensibilidad feraz de los sueños, que añoran situarse en las arboledas siempre verdes de la presencia, y es como el amor

en sus horas de imperativo mediodía, verticalidad sin sombras desdibujadoras, riqueza del sentir y del relacionarse, un poeta para la lucidez de las conversaciones, despiertas andan las venas comunicantes, se aquieta o se excita la sangre, palabra mortal pero imperecedera, amor y dolor del poema, espejo y meta del poema, ardiente horizonte de los recorridos más normales y, en fin de cuentas, una rotunda soberanía:

> *... Esa luz que en el mundo*
> *no es ceniza última,*
> *luz que nunca se abate como polvo en los labios,*
> *eres tú, poeta, cuya mano y no luna*
> *yo vi en los cielos una noche brillando* (8).

Vicente Aleixandre con amanecidas y noches, él que vio la mano escritora y con destellos, el poeta tenía que decírselo, y, asimismo, vocearlo a los demás. Luz ganada y no perdida, luz vencedora y no derrotada, luz del mundo, la perpetua manifestación de la memoria, pese a su sustancia mortal y rosa, ígnea.

En zozobrar oscilante, ritmo de recuerdos, el amor (calándose en realidades y misterios) y la actividad poemática (como insobornable actitud humana, siempre libertad inicial y definitiva) son señas de identidad del poeta, su retrato más cabal. Intuyen su necesidad vital y creativa, amor y poesía como riendas de la sensibilidad aleixandriana, y que van conduciendo a su quehacer poemático por peligros y memorias y hermosuras. El poeta se asoma y se adentra en territorios de todos, se estrechan manos y se yerguen amistades y enemistades, poema en rabiosa escena y en jubilosa voz himnica monteverdiana, el poeta con siglos de preguntas y ansiedades tiene que expresarse y moldearse con su corazón y con su edificación social esperanzada. Intentando defenderse, en definitivas consecuencias. Ahí se observa su «diferenciada individualidad». Al igual que la herencia de los sucesivos estados de vivir y soñar hipotéticamente posibles y solidariamente habitables y realizables, el poeta se incorpora a su tiempo, lo sostiene en vilo en recuerdos, y es que «al vivir su vida, está viviendo la vida de un hombre, pero también la vida del hombre», tiempo hondo y afectivo, lo que no se borra y sí se hereda, a sabiendas de un poematizar luminosamente o, acaso, oscuramente (ambas verdades son «caras» de la misma medalla, sin distinguirse cara y cruz), camino entre infinitivos de constante significabilidad: vivir, amar, sufrir, gozar, soñar, luchar, morir. Lo aleixandriano en sus propias palabras, reguero que se une a cuanto an-

(8) Cfr. el poema «El poeta», de *Sombra del paraíso.*

tecede: «El poeta es el hombre. Y todo intento de separar al poeta del hombre ha resultado siempre fallido, caído con verticalidad. Pues que del poeta, en último término, acaso no se pueda ciertamente decir, con verdad que debiera ser obvia, sino que es del hombre que además de ser hombre fuera poeta.

Por eso sentimos tantas veces, y tenemos que sentir, como que tentamos, y estamos tentando, a través de la poesía del poeta algo de la carne mortal del hombre. Y espiamos, aun sin quererlo, aun sin pensar en ello, el latido humano que la ha hecho posible; y en este poder de comunicación está el secreto de la poesía que, cada vez estamos más seguros de ello, no consiste tanto en ofrecer belleza cuanto en alcanzar propagación, comunicación profunda del alma de los hombres» (9).

El poeta en su intuitiva acción, estando al acecho, espiando, o yendo hacia interioridades, siempre en afán de recordar, para relacionarse se necesita ver, haber visto, la sensibilidad como mirada que almacena y luego ofrece, o expone, o comunica, que todo viene a ser lo mismo en alianza complementaria. La emocionalidad del corazón uno y múltiple, amor de emociones guiadoras, lo que Vicente Aleixandre sitúa con palabras del siglo XV en voz de Juan del Encina:

Vivir en olvido,
aquél no es vivir (9 bis).

Tiempo, sus agujas brillantes o marchitas, escenario de especialidad y de recuerdos, necesidad de latir y respirar, dispersión de los hombres y por eso mismo siembra y cosecha del poeta, «indivisión profunda», el hombre en su función de poeta y que mirara y recordara y reconociera, estampas cuya autenticidad no puede ponerse en tela de juicio, inquietas orientaciones:

Es una espuma sólo, final, ápice, brillos.
En la materia misma su estar formas suscribe:
la sucesión. Y rueda: como en el mar las olas.
.....
Avatares del orden que cúmplese en espacios,
y se ha hecho tiempo. Humano, distinto, el pie se inserta (10).

Como en el mar las olas, el conocido texto de Paul Valéry, mar mediterráneo, techos azules y gaviotas acunándose en los vaivenes

(9) y (9 bis) Cfr. «En la vida del poeta: el amor y la poesía». Discurso de recepción en la Academia Española, 1949.
(10) Cfr. el poema «Diversidad temporal», de *Retratos con nombre.*

marinos, una persistencia, una continuidad, una presencia, aspectos de instantaneidades de la memoria, y en ese discurso-programa también se lee lo siguiente: «El doloroso hombre que en el humano amor busca la ciega sed del perpetuo hontanar va soñando por la vida su destino inmortal, y deslumbrado por la reflejada vislumbre sueña su vida y sueña su redención en el tiempo absoluto». Insistencia, estar aporreando sin cesar, el aldabón de esperanza y fracasos que se recuerdan, sentimientos en su clara (o turbia) desnudez, historia terca del vivir y soñar, persistente resonancia de la memoria, mar eternamente recomenzado, tejido en incesante telar,

La mer, la mer, toujours recommencée!

cementerio marino, templo del tiempo, altar de palabras recordadoras, poesía como una cisterna en la fidelidad de las miradas, el recogimiento ante las tumbas, ante las olas, raíces y arraigo de años sucesivos, lo que se abre y se cierra, el inmenso y glotón paréntesis de los poemas, odas secretas de malherida sensibilidad. Aunque se sabe que el tiempo no puede ser absoluto, sino relativo, teorías del corazón dentro de la misma panorámica de la teoría relativista de Einstein. Todo crea y desperdiga rayos, chispas, destellos, luces, ansias, sombras. Y es ir y venir, en poesía amorosa y solidaria, poesía entregadora y recibidora. Ofrenda del relativismo de la comunión socio-histórica de las palabras del poeta. En su universo hirviente y mutacional.

Adentro, en lo más hondo, manantial, hontanar, ver y sentir en la fluidez de lo temporal. Palabra pregonera, ayer vivir, hoy vivo, mañana no sé si viviré, tiempo de ser uno y ser los demás, emocionalidad intercambiable, poesía una con el poeta y con el hombre, con los poetas y con los hombres. Una trayectoria vital, una curva vital. Evocaciones del corazón, siempre la resistencia de la piedra o del metal. Detenerse y recordar. Sangre real y oculta de los límites sociohumanos del poeta:

Una sombra sucédele, y su voz es un recuerdo (11).

Siempre la oscilación de las realidades, ¿te acuerdas?, y claro, insistir, lo recuerdo, estabas y estábamos, vivir junto a la vida, ser sustancia de vida, signos del tiempo, signos de los poemas, signos de los días vividos y soñados, memoria no extinguida aunque haya res-

(11) Cfr. el poema «A León Felipe» (p. 1140, *Obras Completas*, Aguilar, 1968).

quicios, pasión fuerte y acrecentada, la soledad y la compañía, inaudito poder de lo recordado:

> *... el grave silencio*
>
> .....
>
> *Oh, extinto silencio*
> *¡Oh luz de los nuevos silencios!* (12).
>
> .....

Dedicatorias del poeta, manifestación perpetua de la palabra y del existir, el amor que ama siempre en el tiempo, cumplirse, hacerse, no deshacerse, no deshojarse, la piña prieta de los recuerdos. Vicente Aleixandre desviviéndose y fluyendo. Contar y recordar. La reconocida y recordada vida del corazón:

> *Aquí sentado un instante, después del largo camino, lo reconozco*
>
> .....
>
> *Y dentro y abajo el corazón latidor, el corazón relatador que contase:*
> *El que fuera diciendo la historia, única y larga, la historia minuciosa*
> *que con entrecortados latidos se enumerase* (13).

REFERENCIAS Y SITUACIONES ITINERANTES

No cabe duda de que, en el movimiento de la memoria, en su fluir, los archivos sentimentales del poeta tienen dos sectores preferenciales: el Sur, la dorada tierra andaluza, ciudad paradisíaca, y es Málaga la añorada; y los poetas, los amigos de hornada o grupo generacional, incluyéndose luego, con el paso de amistades y años, la evocación de poetas más jóvenes.

Una radiografía de textos, en la bibliografía aleixandriana, así lo testimonia, el catálogo de lo publicado. Confirmación en *Sombra del paraíso,* y en obras como *Los encuentros* y ya en las *Obras completas* (edición de 1968, Aguilar) los *Nuevos encuentros* y *Nuevos retratos y dedicatorias.* Añádase *Retratos con nombre,* libro esencial al tratarse de la memoria y del afán de recordar. Lo malagueño recordado como pequeño mundo paradisíaco, sol y mar, años de poesía directa del paisaje marítimo y, sin embargo, no sólo luz, sino sombras del paraíso. Pero la lectura de los otros textos indicados, la lectura sentida, es signo de conservada estampa, de memoria íntegramente amistosa. Poesía dando vuelos, alas de sus orientaciones desparramadas: vertiente de insaciable desorden en culminación de éxtasis coherente y ordenado. ¿Poesía de la alucinación razonada y dirigida?

---

(12) Cfr. el poema «A Julio Maruri» (2.ª versión, p. 1129, *OC,* Aguilar, 1968).
(13) Cfr. el poema «Prólogo» (2.ª versión, pero no incluido, de *Historia del corazón).*

En cualquier caso, poesía asediada por la poesía, el monólogo y el diálogo, el poeta y los poetas, amor apasionado de quien contempla solidariamente el universo y con él conversa, hombres y cósmica naturaleza. Nunca en lenguaje de superficialidad. Nunca en hermetismo exagerado. Una poesía con referencias concretas en corazón exigente y lúcido y, desde luego, libre, amistosamente independiente. El tiempo en sus ondas concéntricas y, por ello mismo, saludadoras, acogedoras. Vicente Aleixandre en el planteamiento de sus recuerdos. Como en estética y poemática del humanismo, ensanchamiento de la visión sencilla y caladora al alzarse densamente poematizados la realidad del ser y el eco de los amigos. La poesía, el poeta, los poetas, trilogía fehaciente de la memoria que ahonda en todo y se plasma en estrofas y prosas.

Hay que acudir, naturalmente, a las *Obras completas,* en la citada edición de Aguilar. Hay que tener muy presentes los poemas de *Retratos con nombre.* Y es exponente muy significativo, por su título y por su contenido de semblanzas, *Los encuentros.* Cabe decir algo a este respecto; ediciones y proyectos del corazón que se encuentra con otros corazones y siempre en el quehacer de poesía. La primera edición de *Los encuentros* es la de Guadarrama, Madrid, 1958; la segunda edición se precisa así: «Se terminó de imprimir este libro en Santander el día 12 de diciembre de 1959, en el taller de artes gráficas de los hermanos Badía», y es excelente edición, de lujo, numerada, con portada de Joan Miró, dos dibujos, uno con un niño y un globo o balón de color rojo, y el otro es un pájaro negro con una media luna de color verde (los originales los tiene Vicente Aleixandre en su casa, y me parece que están puestos en marco y colocados en el rincón donde se halla el diván de reposo); también hay ilustraciones que se deben a Julio Maruri. Existe una tercera edición, hecha por Guadarrama, en la colección Punto Omega, con fecha de 1978, y sin modificación alguna en los textos, es la reproducción más modesta de la de 1958.

El poeta escribió otras semblanzas, como las dedicadas a Rubén Darío y a José Antonio Muñoz Rojas, y se publicaron en *Revista de Occidente* número 3, de junio de 1963. El poeta las hubiese incluido en la tercera edición, pero me dice mi amigo Leopoldo Urrutia de Luis, tan entrañablemente amigo de Vicente y mío, que le urgía la editorial para sacar el libro y aprovechando la concesión del Nobel de Literatura; o sea, textos destinados a figurar en *Los encuentros,* y que, sin embargo, se fueron publicando aisladamente (como en *Papeles de Son Armadáns* número 13, en 1957, y en CUADERNOS HISPANO-

AMERICANOS, en el número monográfico de homenaje a Max Aub), y es muy posible que ya nunca se agrupen, en su respectiva paisajística, dentro de otra edición, completada, de *Los encuentros.* Por las razones que hayan sido, así hay que verlo en lectura sosegada.

Acudiendo a las *Obras completas,* 1968, el lector se encara con toda la gama de recuerdos, *Los encuentros,* a los que el poeta encuadra entre 1954-1958, y se prosigue el trabajo de la memoria en *Nuevos encuentros,* con los años 1959-1967. Pero cabe advertir que las siluetas evocadas no se terminan ahí, y me refiero a textos sobre poetas que el poeta ha colocado dentro de *Evocaciones y pareceres,* correspondientes a los años 1952-1964.

Asimismo, el lector tiene para gozosa lectura otros ecos de poetas, en *Nuevos retratos y dedicatorias,* encajándolo dentro de *Poemas varios (1927-1967).* Y en estas páginas también se evocan paisajes, unos malagueños, como «Subida a la alcazaba» y «La Navidad preferida», aunque también surgen recuerdos de otras ciudades: «Visita a la ciudad (Granada)» y «Mendiga en atrio románico (Compostela)».

Tesoro de recuerdos se observa en las *Obras completas,* y así se recogen remozadas emociones como *Retratos y dedicatorias,* que se integraron en el libro *Nacimiento último* con su época de fechas, 1927-1952.

Variedad y palabra evocadora es *Retratos con nombre,* con los años 1958-1965, el libro más aunador de poetas y escritores en prosa, retratos en verso y cuya significación es paralela a la prosa de *Los encuentros,* los del libro así titulado y los textos sueltos o en otros sectores reunidos y que la lectura lee y goza y medita en *Obras completas.*

Incorporación muy concreta es la serie de poemas dedicados a «Picasso» y en este rumbo situados, en la fecha dada por el poeta, 1961.

Pueden espigarse más cosas, la retina aleixandriana ha sabido «adentrarse» en unidad humano-amorosa (y solidaria y misteriosa) del universo, ha sabido darle acento y tono en sus versos, ha logrado expresar incluso cuando no se leen nombres y es destino y aproximación de lo anónimo, la rotunda y centelleante voz de la comunidad.

Ciudades, paisajes, hombres, representaciones con sangre común y transvasable: la densidad recordadora de Vicente Aleixandre. La persistente historia, de cerca y de lejos, que un corazón de mucha sensibilidad ha ido desparramando a lo largo y a lo ancho de una obra ennoblecida por la generosidad del amor y por la luz mortal del amor. La memoria sin remordimiento. Memoria feliz.

Tiempos con ancla, y asimismo la dispersión de textos, tierna mirada para lo desconocido, o para los soldados de la poesía que mueren sin laureles y sin éxitos de sociedad, palabras que sirven de boya en tensiones ignoradas, vida y geográficas escenas de lo huidizo o de lo que no se nombra, poesía sin referencias a esto o a aquello o a lo de más allá; hay incertidumbre:

La historia a veces calla
los nombres. El que prendió aquel fuego.
La niña que...
Aquel viejo...
... O aquella gallarda muchacha...
Lo mismo diría del que creció...
.....
No, no quedan los nombres.
Unos tienen leyenda. Otros son sólo el viento...
.....
Estos los solitarios... (14).

Soledades, misterios, la piedra que se mira y se olvida, callándose la historia y no esporádicamente sino las más de las veces, soledad y uñas y espinas y espadas y garras, el ser anhelante, aquel que es poeta y aquel que no lo es, la garganta estremecida de ansia y tristeza, ternura acogedora, recordar, acordarse de quienes no poseen la clave de los aplausos, recuerdo para los olvidados y pensándose siempre en posibles acercamientos a lo que somos, pureza y desnudez, la incógnita, la ecuación del sí y del no, quien escribe poemas, quien no logra plasmar su drama, lo que se desconoce, un horizonte de dolor:

Recuerdo... Mudo tras el cristal,
pegado allí, mirando, su labio contra el vidrio...
Pálido ese fantasma...
.....
este muchacho alegre, infinitamente triste, sin su vida...
.....
gesticula, no se hace oír, convoca;
este callado de siglos, recién surgido ayer,
eterno y aún no escuchado... (15).

Lo efímero, lo que no consigue asentarse y llegar a ser cosecha, lo durable, temblor de lo que apenas nace y en seguida se disuelve y se va borrando, hermoso combate de la memoria, que quede cons-

(14) Cfr. el poema «Sin nombre», de *Retratos con nombre.*
(15) Cfr. el poema «El mal poeta (X. X.)», de *Retratos con nombre.*

tancia de algo, dar latidos a los corazones, el azar y lo anónimo, tumba del soldado desconocido, tumba del poeta ignorado, el desvelo y la lámpara encendida, hilvanando guedejas y hasta hilachas, el olvido y la inmortalidad, necesidad de crear, imperativa necesidad, el quehacer poético, el quehacer poemático, la confesión del poeta conocido al recibir en su casa (la que todos conocemos, la grata acogida en Welintonia, 3, cuando se arranca de la glorieta del castizo y madrileño barrio de Cuatro Caminos, calle abajo, hacia donde estuvo el campo de fútbol del Atlétic y allí donde hubo encarnizado frente de guerra, las trincheras de la Universitaria), la conversación y la esperanza y la desilusión, un mundo sin metafísica huraña y hermética, los días del vivir libre e imaginario de un sueño de poesía, ser y no ser, la realidad y su nervioso patetismo:

«... le sentí alejarse. Era el poeta desconocido y su fe movía montañas, las juntaba. Las aguas de los ríos subían cauce arriba y cantaban en la frescura de los manantiales. El mar se detenía, suspensa la ola inminente, y alguien pasaba con pie enjuto sobre la sombra pura del agua. Me asomé y le vi aún doblar la esquina de la casa...» (16).

Inseguridad, anhelo maltrecho y quién sabe si malogrado, lo que se ignora, lo que se desconoce en la fragmentación caótica del tiempo vivido, triunfar y fracasar, sueños y más sueños, una antología acaso nunca impresa, el poema y el dolor de escribir, el vértigo y las deshojadas estrofas de un poema tal vez para siempre inédito, poesía sin nombre, poesía de mal poeta, poesía desconocida. Sobre esa panorámica tendió sus redes Vicente Aleixandre, echó su generosidad, su amor, y así se desanuda la memoria el nudo de la existencia, recordar siempre, poesía de presencia y de pervivencia, la vida y la posibilidad de hacer poemas, la muerte y la imposibilidad pese a la fe ardiente, el fracaso a lo mejor (esto es, a lo peor) y quedarse irrealizado, un poeta sin poesía, una poesía sin nombre, una poesía en la fosa común, una poesía sin lápida indicadora de pelos y señales, una poesía deshecha y malograda. Menos mal que la ternura aleixandriana supo darse cuenta a tiempo y quiso acordarse de esos casos, menos mal que su generosa memoria se esforzó por decírnoslo, para que también nosotros recordásemos.

Palabra a palabra, con temblor y con luz y sombras, por las grietas fue entrando la claridad de los ojos comprensivos, la mirada aleixandriana.

---

(16) Cfr. «El poeta desconocido», texto final, de *Los encuentros.*

Ir apuntando en los cuadernillos de la memoria el eco vivo de la poesía, Vicente Aleixandre en su rememorar asiduo y amistoso, años y fases de la poesía española, grupos generacionales en los rumbos antológicos de lo que más se siente y aprecia, mortalidad de la palabra imperecedera, pintura con bajorrelieves y frisos de los poetas del 27 o de los del 36 o de hornadas más recientes, temática del corazón que lee y habla y recuerda, continuidad para situar o para definir semblanzas, agrupaciones de la amistad poética, afán de afinidades electivas, o la luz que traspasa lindes de difíciles comarcas, pero siempre acaba por vencer la amistad y el tiempo.

En *Poemas de la consumación,* de 1969, se muestran energías o vestigios del soñador y acuciante vivir, sabiduría en serenas contemplaciones, y cuando ya empiezan a amenazar inclemencias y supresiones de fértil y fiel memoria. Es eso de que todo se mustia y se destruye, como en el poema «Rostro tras el cristal (Mirada del viejo)»:

O tarde o pronto o nunca.
Pero ahí tras el cristal el rostro insiste.
.....
La juventud distante es ella misma.
Pero aquí no se oye.

Comezón de la tristeza, lo que clama y se añora, la fugacidad de cuanto va utilizándose y consumiéndose y es aún llama erguida y recordadora; sin embargo, no cabe aceptar que se interrumpa el quehacer poético, evocaciones, amistades aunque tampoco se puede olvidar la propia interioridad atormentada, y conviene traer a los recuerdos el poema «Felicidad, no engañas»:

Una palabra fue o sería, y dulce
quedó en el labio.
.....
La gravedad del mundo, está ostensible
ante tus ojos.
.....
Vivir o no vivir no es ignorar
una verdad. El labio sólo sabe
a su final sabor: memoria,
olvido.

Estructuración de una ruptura posible, dicotomía en rabiosas autenticidades, estar y recordar, no estar y así olvidarse, el poema tiene que intervenir, su papel va creciendo y sin subrayarse que la vida

es sueño, ese verbo calderoniano tan tajantemente categórico, Vicente Aleixandre acude a otras fuentes y a su poema «El poeta se acuerda de su vida» le pone un verso de *Hamlet* shakesperiano como aclaratoria visión de la incertidumbre, lo de «Vivir, dormir, morir: soñar acaso», y surgen metamorfosis entre el verbo ser y el adverbio acaso, el universo se encauza entre el sí y el no y el puede ser; fallos de la memoria, la angustia y los llamamientos, el poema en zozobra:

> *Perdonadme: he dormido.*
> *Y dormir no es vivir...*
> *Vivir no es suspirar o presentir palabras que aún nos vivan.*

Insistencia de oscuridades, fluye la noche y también el día, «la noche es larga, pero ya ha pasado», sueño es vivir o, acaso, sólo soñar. El corazón asediado, a ratos pesaroso y algunas veces feliz y en plenitud de gozos, poesía en la justificación de sus susurros, desde dentro hacia fuera, y desde fuera hacia dentro, interpenetración y diálogo en la palabra solitaria y solidaria, mortal testimonio y mortal unanimidad, lo variado, lo difuso, la oscilación en los versos finales del poema citado, «Felicidad, no engañas», ese dualismo del final, memoria y olvido.

La madurez sin azar sospechoso, madurado sentir en crónicas dedicadas a realidades activas de poetas, el corazón con sus pinceladas captadoras de lo que se mueve y vibra y se consume, el poeta como retratista acertado, versos o prosa con sensibilidad impresionista e impresionada por lazos comunicativos y solidarios, al fin y al cabo todo redunda en ciencia de existir, de seguir viviendo y de seguir recordando, siempre en paisajes vividos y asumidos, biografías sucesivas en lo cotidiano o en lo soñado, referencias de objetivación o de ensimismado subjetivismo, poema conciso o disuelto en más estrofas, la erosión del tiempo en sentir y conocer y anudarse a los demás, los poetas en retratos y encuentros, siempre lo encontrado, lo hallado, porque se buscaba siempre, hallazgo de convergencia de sensibilidades, la poesía en ósmosis constante, transvase y transmutación de lenguaje definidor, palabra lírica por excelencia, lo generalizado, algo que es de todos los poetas, y lo particularizado, algo que corresponde específicamente a este o a aquel amigo de las batallas socioliterarias, una ambición de que se detenga el destino, acaso la desesperada llamada de Lamartine, ese anhelo azorado y tembloroso, «Oh tiempo, que tu vuelo cese», y es hermosa la obstinación de hablar de amigos, aunque sea sin suspirar, el empleo proustiano de la noción temporal de las cosas, las vivas en primer lugar,

lo que vemos y conocemos es nuestro itinerario, nuestro destino, retratos fechados en la memoria, en la memoria del corazón, palabras con función de vestigios, huellas del universo lírico, vida concreta de cumpleaños o de homenajes o tan sólo para expresar las ganas de comunicarse del poeta evocador, Aleixandre rodeado de imágenes entrelazadoras y hasta arborescentes en sus evocaciones, seres de movimiento en la prosa o en el verso fijados y nunca fijos o yertos, materia animada de la poesía, y si se nos dice que «Morir es olvidar palabras...» (17), también puede uno pensar otro derrotero, en mi creer es otro caminar, dando fe al afán de recordar y metamorfoseando ese verso con lo sumamente rico en experiencias de conocer y apetecer sueños, trabazón de vivencias y motivaciones de la memoria, dándole a ese verso otras alas y en presencias amplia y fraternamente sentidas, podría ser algo así como *vivir es recordar palabras,* no el vivir presintiendo palabras que puedan sobrevivir, sino haciéndolas carne de días y años, carne mortal y lírica de la dramática de vivir y morir, adecuada dialéctica expositiva de lo que buscaba e intentaba el poeta respecto a encuentros y retratos, la palabra en su sitio, algo machadianamente incluso, vivir en recuerdos y sintiendo que se combate y se forja una oposición al morir olvidando. El poeta y sus querencias, no puede ser de otro modo. El conocimiento de la memoria, ir hurgando en lo efímero y en lo evanescente, las vicisitudes anhelantes y hurgadoras de la vida.

No hay postes fronterizos en *Retratos con nombre* y en las otras series de poemas que evocan a los poetas. Holgura y ansiedad que sí se ve en la «Nota preliminar» al libro *Los encuentros:* «Muestran estas páginas un conjunto de semblanzas personales alusivas a algunos de los poetas españoles que yo he conocido a lo largo de mi vida... Las evocaciones... intentadas a una luz temporal: arraigadas precisamente en un "aquí" y en un "ahora", cruce del encuentro, noble palabra...» El poeta recordador, y sus recuerdos que se unen en convergencia de lo conocido y de lo desconocido, semblanzas personales y sólo muy excepcionalmente la semblanza de simbólico anonimato. Síntesis de lo generalizado, de lo particularizado, y de lo desconocido. Ramificaciones generosas del arbolado hermosamente aleixandriano. Memoria auténticamente viva y poematizada. Identidad de palabras esenciales en los recuerdos. Retratos de señas de identidad:

Hoy tu nombre está aquí. No decirlo, no decirlo jamás, como un beso
que nadie daría, como nadie daría los labios a otro amor sino al suyo (18).

(17) Cfr. el poema «Las palabras del poeta», de *Poemas de la consumación.*
(18) Cfr. el poema «Nombre», de *Historia del corazón.*

Amor aleixandriano, amor en la memoria tenazmente fiel y solidaria.

Bondad y simpatía de la memoria, los poetas siempre por medio, lo amistoso como correlación y enlace de humanización (hasta, si cabe, de rehumanización), la clara cortesía aleixandriana empezó recordando «lógica y lisamente» diríase, a los poetas del grupo generacional del 25-27. El desfile, tanto en las prosas situadoras de *Los encuentros* como en las estrofas de «Retratos con nombre», es aleccionador: ahí están Dámaso Alonso y Jorge Guillén, Rafael Alberti y León Felipe, Pedro Salinas y Emilio Prados, Federico García Lorca y Manuel Altolaguirre, Gerardo Diego y José Moreno Villa. Viejas y constantes amistades con la belleza emocional de un arco iris. Fiel acompañamiento de las antologías totales del corazón, memoria personal en sus fragmentos poemáticos. El poeta homenajeador, dando a la palabra su función socio-ética de poema limpísimo. Es lo que conviene subrayar y abandonándose todo amor suicida, dependencia e independencia de signos, el poema que emerge y sin necesidad de que el grupo generacional fenezca; eso es muy marginal, y Vicente Aleixandre dio conmovedoramente a sus textos de recuerdos la verdad del paisaje y la verdad del hombre. Actitud individual con atmósfera temporal y hasta mortal de una época. (Que, asimismo, reverdecerá en otros retratos y semblanzas al referirse a poetas y a algunos narradores de fases históricas más recientes de las letras españolas.) Lo vivamente deseado, lo apasionadamente expresado.

«En la meseta» está Jorge Guillén. Castilla en la cumbre y en lo llano, aletear de lo paramerano. Amplitud serenamente recogida:

Yo recuerdo algún día verle, cuando la tarde duda
—mas dudar no es posible. Cuando la tarde, afirmación cumplida,
se hundía despacio, ciertamente grave, medida...
... ...
Composición, armonía, la lengua
humana rozó aquí un cenit, correspondiente
al mediodía, en la esfera que no se aflige y rueda
sobre los ojos, donde entero se copia el son profundo.
... ...
... —siempre el hombre—,
sobre extensión total, en orden último.

Y en recalcado verso de definiciones, el grafismo atinado se redondea aún más:

Si le miráis de cerca, sentiréis cómo luce
una frente desnuda —apenas pelo breve en cima fina.
Erguido aún, porque, delgado siempre, puja hacia arriba, hacia luz y medra.

Y sobre el fondo ilustre de meseta, el cielo
coronador, el viento fiel, la norma
hecha de sol en puridad, y soplos
—oh maravilla— de esta luz completa.

(*OC*, p. 981.)

Los años, vivir, encanecer, corroborándose cuanto mis propias charlas con el poeta vallisoletano han ido plasmando, Niza, Málaga, París, y se ve en las fotos que mi hijo nos sacó, ante los ojos las tengo mientras escribo, todo es enfoque exacto, y la prosa aleixandriana se muestra apropiada en su dibujo: «Jorge, un poco menos afilado de carnes. Un poco más cargado, y no de sueño; como si la realidad, ahora con gravamen, le hubiera dejado una huella sobre los hombros. Un poco más desnuda la frente; el pelo, algo cambiado de color, con alguna hebra gris de luz que la tarde hubiera abandonado sobre la cabeza» (*OC*, p. 1184).

Lo guilleniano y lo aleixandriano, en miradas antípodas del quehacer poemático, unidos por recuerdos en lo meseteño, actualizada y revivida amistad en la voz de la cordialidad, lo que de veras se es y se siente.

Dámaso, Dámaso Alonso, muchos años de paralelo caminar y de sueños poéticos, la angustia en tiempo bélico y posguerra dura e interminable, Dámaso:

Los ojos, grandes, ojos
que parecen tentar...
... ...
Este que aquí miráis
sus ojos abre. ¿Veis? Es la luz,
la misma luz que redentora sube
desde el niño...

(*OC*, p. 1009.)

Pasiones, largo y lento encaminamiento del vivir en comunión con la naturaleza y cuanto existe, la explicación de una poemática con afán de libertad. Al amigo de siempre, a quien escribió cosas hermosas y emocionantes como el poema «Mujer con alcuza», en rebeldía de incendiada palabra, le escribe Vicente Aleixandre desde Miraflores de la Sierra, y recuerda la trayectoria de amistad: «Tú que me conoces bien, sabes que soy el poeta o uno de los poetas en quienes más influye la vida... En el fondo no es más que el ansia de unificación... Todo esto de mí lo sabes tú bien...» (*OC*, p. 1560). Aventuras intensamente proseguidas, y muy recordadas en prosa de

Los encuentros, silueta damasoalonsiana «sobre un paisaje de juventud», vida que no rechaza nada de lo humano y del paisaje, armonía, «con una armonía de hombre natural que Dámaso ha conservado siempre» *(OC,* p. 1198).

Hay una evocación dolorosa, la del granadino García Lorca. Siempre que hablamos, siempre surgía la herida sin cerrar que supuso la muerte del granadino, y con el mismo dolor que más tarde sintió respecto a la muerte de Miguel Hernández. Vicente, sumido en la consternación. ¿Por qué, por qué matar a Federico? Las ondas glaciales de un verano llameante, y dos versos miguelhernandianos, precisamente, pueden grabarse en la lápida de la poesía mutilada:

Muere un poeta y la creación se siente
herida y moribunda en las entrañas.

Así se sintió Aleixandre, como moribundo, con su vulnerabilidad a flor de sentimientos. Tuvo que darle rienda suelta a sus acendradas realidades de dolor y recuerdos. Véase: «¡Qué viejo, qué viejo y qué "antiguo", qué fabuloso y mítico!... Su presencia, comparable quizá sólo y justamente con el tifón que asume y arrebata, traía siempre asociaciones de lo sencillo elemental. Era tierno como una concha de la playa. Inocente en su tremenda risa morena como un árbol furioso. Ardiente en sus deseos, como un ser nacido para la libertad... Su corazón no era ciertamente alegre. Era capaz de toda la alegría del universo; pero su sima profunda, como la de todo gran poeta, no era la de la alegría. Quienes le vieron pasar por la vida como una ave llena de colorido, no le conocieron. Su corazón era como pocos apasionado, y una capacidad de amor y de sufrimiento ennoblecía cada día más aquella noble frente. Amó mucho, cualidad que algunos superficiales le negaron. Y sufrió por amor, lo que probablemente nadie supo» *(OC,* p. 1207). Insístase en la estampa directa y emocionada que no puede escabullirse aunque quisiera, presencia estancada y que *Los encuentros* nos restituye: «Recordaré siempre la lectura que me hizo, tiempo antes de partir para Granada, de su última obra lírica, que no habíamos de ver terminada. Me leía sus "Sonetos del amor oscuro", prodigio de pasión, de entusiasmo, de felicidad, de tormento, puro y ardiente monumento al amor, en que la primera materia es ya la carne, el corazón, el alma del poeta en trance de destrucción. Sorprendido yo mismo, no pude menos que quedarme mirándole y exclamar: "Federico, ¡qué corazón! Cuánto ha tenido que amar, cuánto que sufrir". Me miró y se sonrió como un niño...» *(OC,* p. 1210). Por los labios de la memoria iban fluyendo

cuchillos, la imposible cerrazón de una herida mortal, con silencio aniquilador para la poesía española y del mundo. Esa semblanza no tiene despedida, las manos y las miradas intentan retener lo que se va alejando. Poesía de los pesares, imposible caducidad de lo humano y, más aún, de lo amoroso. Historicidad concreta que no acierta a soportar lo anónimo. Es que Federico García Lorca irradiaba una luz descriptiva y honda, muy suya. Pese a todo, resulta algo extraño que Vicente Aleixandre no haya escrito uno de sus poemas de *Retratos con nombre* dedicado a Federico. Pero también es muy posible que su desaparición fue como un terrible mazazo. Y repito que en nuestras charlas, en Welintonia, siempre salía con perfume de flor y con emoción de la vida, en voz de ternura, rosa deshojada, la evocación garcialorqueña.

Coherencia de la interioridad sensible, nunca en palabras aceleradas sino remansos inquietos de la transparencia y de la luminosidad, amor el decir del corazón en los dedos de la mano, en curvas y rayas de la palma de la mano, o la intensificación poética en las miradas y en inexorables intercambios del expresarse, sonatina y sonatas de tierna presencia, el afán aleixandriano de la lectura de sus amigos generacionales, le conduce así a poemarios de honda trabazón espiritual, amor soñado, amor no cercenado, amor mortal y real, amor en Pedro Salinas, semblanza del vivir y del morir, la voz que al amor se debe, esa voz a la mujer destinada y por ella nacida, resplandor de cuerpos y espumas, la mujer como eterna inspiradora de felicidad, lo complicado y lo efímero, igual que lo fuera el océano Atlántico, siempre mar contemplado y con loas del tiempo históricamente situado, desde Puerto Rico, isla verde y caminos habitados, amistad desde años marcados al rojo y así la lentísima impregnación de versos salinianos, una estatua en piedra berroqueña para el rumor y los labios, para las despedidas del viento y del oleaje, estatua que recuerda Vicente Aleixandre para demostrarse y demostrar que se ha vivido, poesía de un mundo entrecruzado con otros poetas y otros hombres y no mundo asediadamente a solas. Razones y presagios, amor al desnudo, y la desnudez del exilio, con inevitable meta en el tiempo: la muerte. Palabras empecinadamente elaboradas y conseguidas, la obsesión del poema bien hecho, Pedro Salinas con temática presente y casi purista, eco casi de normas juanramonianas, Vicente Aleixandre en ondas que se abren paso y van estallando con instantes que se alejan y hay que detener, humo o sonido o aleteo, el vuelo de élitros que vuelven al nido central de la memoria. Años juveniles, años adultos, la madurez del dolor asimismo, y que

por fuerza se insinúa y luego se arraiga, instantaneidad apresada. Es «En la muerte de Pedro Salinas»:

El perfilaba despacio sus versos.
Aquí una cabeza delicada. Aquí apenas una penumbra.
Le veíamos a veces dibujar minuciosamente una sombra.
Retrataba con imposible mano la caída muy lenta de un sonido esfumándose.
Y le veíamos encarnizarse, disponerse a apresar, absorberse en su
hasta que al fin levantaba sus grandes ojos humanos, [*detenidísima tarea,*
su empeñado rostro sonriente, donde el transcurrir de la vida,
la generosidad, su pasión, su obstinado creer, su invencible verdad, su fiel
[*luz se entregaban.*

(*OC*, p. 644.)

Mirada y voz que llegaban desde lejos, de Salinas visto como «corazón agrupado pero no dividido», y el poeta que en Madrid recuerda lo sabe, lo dice, es el verso final deletreando duras realidades: «Sí, Salinas..., y sientes que un rumor, unos ojos...» Fidelísimo recuerdo en *Nacimiento último,* y corroborado se repite en prosa de *Los encuentros:* «A través de los años, en la vida se ha conocido de todo y casi por todo se ha pasado. Queda el recuerdo noble de algunos seres que dicen un límite de humanidad, un límite sereno, verdadero, donde uno no se pierde, donde parece uno haberse encontrado y reconocido. Allí, tranquilo, real, Pedro Salinas» (*OC*, p. 1118).

Atmósfera saliniana, tonalidad del mirar entre ironía y ternura, que hasta se parece a la aureola o limbo que rodea las cabezas de los santos, sin la densa pesadez oscura del trazo de un Rouault, «de poesía toda dibujo y nada color» insiste el texto aleixandriano, una iconografía de atinado acercamiento a la verdad y a la claridad que la cabeza del poeta surgía. Palabras de poema y resonancia en la calle y en los sueños, «apenas una penumbra», aunque la muerte sigue resonando, ecos y raíces, junto a todos, amor y sencillez de seguro azar mientras siguen cantando y nunca olvidan los pájaros.

En el cortejo de amigos, Altolaguirre, Manuel, Manolito como se le llamaba, el benjamín del grupo, otro retrato en la distancia del tiempo. Andalucía malagueña y época de ediciones madrileñas, allí en la calle Viriato, la imprenta de la poesía, Altolaguirre cuando mano a mano trabajaba con su mujer, con Concha Méndez, la colección *Héroe,* primaveras del 35 y del 36, la poesía en editorial de admirable artesanía. Aquella época tan lejana y tan próxima, la aparición de la revista *Caballo verde para la poesía.* Mariposas y golondrinas entre ramilletes de ansiedad y, luego, de guerra. Paisajes de mucha tensión, y el exilio. ¿Por dónde cae el paraíso malagueño? Altolagui-

rre lo añoraba, lo iba buscando, y se vino desde tierras mexicanas a España. Un estúpido accidente de automóvil le segó la vida, 1959, en julio, la carretera que le llevaba al Sur, y la muerte le detuvo cerca de Burgos. La revista de Málaga, una revista de poesía, *Caracola,* le dedicó un número monográfico. Por supuesto, no podía faltar el verso aleixandriano a esa cita. En constancia que persiste, la vieja amistad, «Perfil de Manolo» y entresaco el recuerdo homenajeador, orla y emoción, afán de reunirse y volverse a estar juntos, amistad y ancla:

Manolito, despacio,
por un perfil de Málaga sin fondo.
Un rayo el cuerpo,
ahí quieto, entre todos,
sin que nadie supiera.
Oh, qué noche en sus ojos.
Oh, qué luces delante, en la pupila,
para todos nosotros.
Luz del alba creciendo. Crece, Manolito.
Altísimo Manolo.
¿Te acuerdas? Málaga reuniéndose contigo,
mirándote a ti solo.
... ...
Oh, completo Manolo.

(*OC,* p. 1136.)

Ojos hincados en terruño de la memoria, y otros textos, en prosa, amorosamente, han sido publicados por Aleixandre. La prosa titulada «Manolito, Manolo, Manuel Altolaguirre» (en *Los encuentros),* años en la trastienda de niñez y juventud, vida en plena luminosidad: «Escribía unas cartas largas, en papeles como sábanas, con letra grandota... Yo le conocí un año antes, aunque éramos amigos por carta, como compañeros, desde hacía otros dos o tres años... Por aquellos años Manolito hacía quizá algunos de los versos mejores de su vida... Un día partió, ay, sin imprenta; fue mucho tiempo después, apenas si ha vuelto a cruzar. Quimérico Manolito. Manolo, don Manuel. ¿Cómo le llamarán por allí?» (*OC,* p. 1127).

El encaminamiento de la alegría hasta el silencio, soledades que se reunían y se juntaban en poesía junto a los demás del 27. Por eso, Vicente Aleixandre escribió otra prosa, «Recuerdo a Manuel Altolaguirre (1959)», completando atisbos y latiendo como late el poema citado, encendido fulgor y casi juguetón: «Eternamente joven yo le veo, con todos los sentimientos frescos que la vida no pudo agostar, y que él supo regalarnos a través del tiempo, de la distancia, de las vicisitudes y de las muertes. Hontanar que nunca falló y que conti-

nuamente nos acompañará hasta que un día también nos reunamos bajo la tierra» (19).

Evolución y metamorfosis, lo mortal y azulado de los días, amigos desaparecidos, causa dolor y resquemor la noticia fúnebre, la amistad recordadora; para Aleixandre, como para cualquiera, al sentir emociones que horadan, es hora de recuento de años y experiencias, lo vivido y soñado y exaltado, aventuras de toda una época de España y de su poesía. Tiempo esperanzado, el calor en el pecho. Caminos que al ir andando se trazan, se perfilan, el caminar que Antonio Machado proclamó en musitadas consejas. Caminando, día tras día, el eco quejumbroso de la muerte. Emilio Prados, Andalucía como patria unidora y relacionadora, la nostalgia malagueña en acción de levadura o de riego o de canción. ¿Se puede ignorar lo tan fértilmente vivido y anhelado? Emilio Prados y la hermosa salud verde y continuada de la revista *Litoral*, otros tiempos, pero siempre emoción al evocarse la «Figura del poeta muerto», Emilio Prados amigo:

En la figura inerte
vives tú siempre,

La frente está desnuda.
Oh, ya no duda.

El pecho, sí, respira
luz sin mancilla.

Un pecho no es un barco
que ha despegado.

Quieto, quieto, más quieto.
Oh, primer puerto.

¿Las manos están frías?
Aves rarísimas,

aves de alas plegadas
que siguen raudas.

Oh, cuerpo que te alejas
—tú, sin sospecha—,

descubriendo ese cielo
—conocimiento—

que cubre tu mirada
con luces bajas,

con luz a la medida,
sí, de la vida.

Hombre que me respondes
tendido y pobre.

Enhiesto y rico siempre.
Te alejas, vuelves,

quedas, sí, en tu figura
—oh, arquitectura—

de sombra o luz. Perpetuas
luz, sombra, esbeltas.

(*OC*, p. 1138.)

Obstinación de presencia, lazos y llamadas, «figura de sombra o luz», aunque seguramente podría decirse «de sombra y luz», perdido y recuperado el recuerdo entre estancias de dolor y moradas de gozo, por la calle más ancha de la vida; y con la razón de la memoria, con llamas avivadas por el destierro, aquel poeta que cantó con soledad

(19) *OC*, *Evocaciones y pareceres*, p. 1602.

de muchas calidades, cantor de jardines, unos abiertos (vivir) y otros cerrados (morir), desde la tierra mexicana, donde descansa. Poeta sumido en el misterio, dentro de arrebatadas ausencias. Cántico aleixandriano, lúcido y amante, escrupulosamente tembloroso, añadiendo a ese «poema vario», que él llama *Nuevos retratos y dedicatorias,* el texto en prosa de *Los encuentros* que vocea recuerdos de cuando ambos poetas se sentaban en los pupitres de la escuela: «Emilio Prados, niño de Málaga». Nuestra lectura se resume según moldes precisos: «(Málaga) ... ¡Los otros niños!... Sólo recuerdo un nombre, prendido al azar en mi oído todavía... Todo esto lo evocaba yo, al recibir su carta, veinte años después... yo iba a encajar aquel rostro de niño, levantado de la onda antigua y estrelladora, en el nuevo Emilio Prados, mi compañero en la poesía, mi viejo amigo de la niñez, en las costas de nuestra Málaga» *(OC,* p. 1211).

Se viste de oscuridad la memoria, la muerte, y no hay traje de luces para la palabra triste, tristeza al ir desapareciendo los amigos generacionales, luz de luto y visión mesurada en tesonero archivo de recuerdos, máxima muerte en la duración del vuelo, oscurecimiento de arco iris, encaje de flores indeshojables, Vicente Aleixandre ha ido ofreciendo sus textos en prosa y en verso, verso asimismo ha escrito acerca de otros amigos, aun fuera de la amistad de grupo, poetas no arraigados en las vicisitudes de 1927, y no sólo es mirada melancólica, sino que también es voz erguida, acercamiento a la vida. Un poema significativo es «A León Felipe», el peregrino poeta, protagonista de nostalgia y de energía denunciadora, para siempre con su antología rota a cuestas, y aunque no se incluyó en libro específico de dedicatorias, Aleixandre lo situó en sus agrupados «poemas varios», con la referencia cronológica de la época en que fueron escritos, «1927-1967», un retrato meditado desde la lejanía, la sentidísima semblanza de un hombre y que en el verano del 36 me emocionó profundamente; estuvimos hablando en la Alianza de Intelectuales y me dio sus impresiones, lo primero que escribía en España, malherido y es que le dolía el país y la inocencia de quienes morían, la guerra, savia de pueblo y de historia. La emoción aleixandriana corre distintos caminos, pero la convergencia es la misma, homenajear a la santísima verdad felipiana:

Algunas veces ser viejo es ser la sombra.
Hijo es el viejo del joven, y él le hereda. El padre, muerto.
Una sombra sucédele, y su voz es un recuerdo. El viento, triste.
Pero tú no, León. Tu barba gris
no es río, sino lluvia, que cae al pecho, a tierra, y moja
el corazón sembrado...

Es signo y da destino...
... ...
... tu palabra en agua cae, cae a las frentes,
y al empapar los funde.
León, tu nombre aclara. Mitad sangre violenta,
junto a nombre de pueblo;
mitad íntimo y solo...
Claridad a los ojos, a la vida...

(*OC*, p. 1140.)

Voz hervidora, sangre hirviente, el drama de un poeta que quiso romper sus íntimas soledades (y su apacible estancia en México, allí donde ahora reposa) para hallarse junto a su pueblo, indefenso y, pese a todo, esperanzado. Voz herida y unificadores latidos de la patria popular, 1936-1939, el árbol que se arranca de cuajo, el poema que denuncia y chilla y coraza defensiva quisiera ser para proteger al pueblo de España, lo peregrino y lo arraigado, León Felipe en plasticidad emocionante de la voz rabiosa que por todos cantaba. La sangre en lluvia, el dolor de oscuros y claros manantiales, el chorrear sangre a lo largo y a lo ancho de la biografía de España. León Felipe, en exilio y caminante, poeta evocado con las imágenes de la tristeza oculta. Herencia de sombras, empapándose el pueblo en las palabras del poeta, nombre de pila aclarador de acciones, esa mitad empuje y contienda y esa mitad de horas solitarias y desgarradoras. En la tormenta, la poesía-trueno. Una semblanza acogida en «poemas varios» y no en libros de coherencia recordada.

¿Es que Aleixandre iba a dejar en el tintero a la vieja amistad albertiana? Arrancábase de la garganta el grito. Ecos, encuentros, conversaciones, reuniones, homenajes a este o a aquel amigo, años cuya fertilidad era extraordinariamente animadora, el célebre 1927 y sus inmediaciones generacionales de poesía, nunca cesó la presencia, recordar y escribir, la trayectoria de la creatividad, ofrecimiento suave y asimismo elegíaco de la amistad. De toda la síntesis aleixandriana y siempre emanaba la estampa de la mar y de la patria chica, la sangre común y añorada de Andalucía, pregones de sal y sol en antiguas temporadas del vivir allí, épocas nunca rancias, nunca añejas, palabras vivas y grata morada, estampas conflictivas a fuerza de sentimientos, estrofas corales, de solidaria mirada y de convergentes respiraciones al unísono de los niveles populares de la esperanza. Años en palabras romanceras, lo mismo en Rafael que en Vicente, el pueblo con sus redes comprensivas y enhiestas, sensibles estrofas de un canto a ratos desesperado, Alberti y Aleixandre caminando y comunicando por las vegas de la sed y del ansia, la

poesía que busca y halla las duras realidades de la libertad compartida. Todo era fuego, había que soñarlo aún más. Tú, yo, y los demás. Mucha sangre, mucha tierra, mucha agrupación popular. Es vivir poéticamente llevando a hombros el tiempo de todos, y tal enfoque se recoge en coloquiales susurros que ambicionaban ser pájaros; el retrato no podía ser anónimo, llevaba la firma de claridades vividas, madurez de años nunca agrietados pese a la separación en el tiempo y en la distancia. Insistencia que en la obra aleixandriana ha ido expresándose en tres ocasiones: en 1958-1965, *Retratos con nombre* (poema: «Allende el mar: Rafael Alberti»); en 1954-1958, *Los encuentros* (prosa: «Rafael Alberti, pintor), y en 1963, *Evocaciones y pareceres* (prosa: «Dos lecturas de Rafael Alberti»). Obsérvese la irregularidad en las fechas, pero me he conformado con el orden dado por el poeta en sus *Obras completas.* Forman trama apretada los recuerdos de la primera juventud, de la plenitud juvenil, y también de madurez. Rebosando siempre esa nostalgia de lo andaluz, ya que Madrid era el epicentro de la creatividad de ambos poetas. Lo que resalta es la continuidad, aunque no pueda sorprender a nadie: la amistad generacional de los poetas del 27 es un hecho de gran relieve, y ya lo puso de manifiesto Jorge Guillén, lo de «comunidad de amigos», o la homogeneidad inextinguible en tantas voces de variada personalidad: «nosotros: el grupo de poetas que, con los rasgos de una generación, vivió y escribió en España entre 1920 y 1936» (20). Huellas que forzosamente tenía que recordar y proclamar la memoria aleixandriana al referirse al poeta gaditano, a Rafael Alberti. Voy a entresacar algunas citas, pero teniendo en cuenta el orden cronológico. Así, de lo escrito en 1954-1958, en la prosa de *Los encuentros:*

«Vestía aquella tarde —Ateneo de Madrid, primavera de 1922— un traje oscuro, un cuello alto... Pero ¿era desconocido realmente? Para mí, no del todo. Aquella misma tarde me lo presentaron: "Rafael Alberti, pintor"... Pasó un verano, pasaron dos... ¿Cuántos pasaron?... ¡Qué quince años siguieron! ... Y el Rafael de los veinte años, ... se sonríe, mira hacia el mar y ve al otro Rafael maduro que a la orilla del Plata, entre versos y lienzos... pinta a la luz de un sol invisible, que está rielando por las playas de Cádiz» *(OC,* página 1215).

Del texto escrito en 1952-1964, prosa de lecturas, vuelve a reverdecer la amistad precisa y precisada: «Rafael había publicado un año antes su *Marinero en tierra.* "Traigo versos", dijo al llegar...

---

(20) Cfr. *Lenguaje y poesía* (Alianza, Madrid, 1961), pp. 181-197.

¿Rafael recitaba con garbo? Habría que decir: con ángel... Bastantes años después, Rafael recitaba de nuevo versos... Versos de metro corto, octosílabos golpeantes, acuciadores, restalladores como relámpagos en la sombra de los alientos. Múltiples pechos, allá en lo oscuro, respiraban la única luz» *(OC,* pp. 1611-1614).

Del poema escrito en 1958-1965, con la dolorosa serenidad aleixandriana en su casa madrileña, y con el exilio prolongado de Alberti, al otro lado del gran charco:

Fue primero aquel niño...
¿Te acuerdas? Ibas siempre...
Te vi más tarde, joven...
... ...
Después la luz o sangre, el viento, el trueno,
los muertos. Rafael, tú los miraste,
voz de los muertos, vida o tierra espúrea,
y al fondo el mar...
Y ahora, amigo continuo, te oigo cerca.
La mar nos une. Una sangre común late en la orilla...

(OC, p. 985.)

Vivir entre luces y sombras, el caminar lento de España en su siglo XX, poesía con ese paisaje ante los ojos, la voz personificada aunque voz coral y en problemática de todos. Una época, una esperanza, una herida.

OTROS DERROTEROS

Ampliadas emociones, corazón que exige nombres y recuerdos, ahondamiento de las tensiones poemáticas, otros años, otros poetas, siempre la generosa amistad, sangre, mucha sangre derramada, 1936-39 encandilando a la memoria, otros poetas más jóvenes. La vida y la poesía y la muerte. Encuentros con la creatividad no mustia, sino activa. Páginas de inolvidable lectura. En poesía entusiasta, de cerca y de lejos con realismo, empañándose los ojos, dentro y fuera del dolor. Y como mensaje de los demás poetas de su tiempo generacional, dos poetas desaparecidos, que siguen siendo llama viva en la sensibilidad aleixandriana, Miguel Hernández y José Luis Hidalgo, punzantes heridas, tal como siempre le oí, tal como siempre me lo repite, y en prosa de patéticas resonancias nos queda lo escrito, vibra la poética de nuestro quehacer humano-poético. Lo persistente y dolorido, nunca se entierra a la esperanza. ¿Qué otro recurso le que-

daba a la voz del poeta entre llamas de tragedia? Lo absurdo hubiese sido el silencio: tenía que acordarse el poeta. Lo hizo.

El dolor y su manto
vienen una vez más a nuestro encuentro.
... ...
¡Qué sencilla es la muerte: qué sencilla,
pero qué injustamente arrebatada!

Así, vulnerablemente presente y prospectivo, había evocado Miguel Hernández la trágica y lamentable desaparición de Federico García Lorca. El poeta granadino, fuente y meta de lágrimas, amarga lección de injusticia para quienes gozaban una muerte cotidiana, día tras día. Miguel Hernández, con su juventud, y Vicente Aleixandre, con su madurez, han gozado esa muerte diaria. Acentuación de elegías recordadoras, intercambio de extrañas perspectivas de muerte. Los ojos abiertos de la penetración, luminosidad sin visillos que descorrer, sin telarañas. La amistad, la vida, la poesía. Entrañablemente se quisieron Vicente Aleixandre y Miguel Hernández. No se olvide la intensa manifestación miguelhernandiana, allá por los años 1934-1935, cuando en su quehacer poético dejaron ecos y hasta influencias las conversaciones y los textos de Neruda y de Aleixandre. Huella cuya lectura adquiere especial dedicación es la «Oda entre arena y piedra a Vicente Aleixandre», escrita borrascosamente y que iba a tener nueva ocasión de hondo vivir amistoso-poemático en la dedicatoria miguelhernandiana de *Viento del pueblo,* de 1937, cuyas frases iniciales copio:

«Vicente: A nosotros, que hemos nacido poetas entre todos los hombres, nos ha hecho poetas la vida junto a todos los hombres. Nosotros venimos brotando del manantial de las guitarras acogidas por el pueblo, y cada poeta que muere deja en manos de otro, como una herencia, un instrumento que viene rodando desde la eternidad de la nada a nuestro corazón esparcido.»

Herencia y realidad, paz y guerra, vida y muerte, friso en centelleante patetismo, ininterrumpidamente. No podía Vicente Aleixandre olvidar aquellos años, aquel alud sencillo y espontáneo que se presentaba con una sonrisa o con un silbido, que irrumpía gozosamente con la naturalidad de su Orihuela. Semblanzas surgidas de la memoria malherida de Aleixandre. Todo es entregarse, al recordar el tiempo ido, «cualquiera tiempo pasado fue mejor», entregarse con dolor a aquella juventud del campo, a aquella fuerza poéticamente tan honda y tan impresionante, entrega apasionada a la sensibilidad pese a todo desgraciada del poeta-pastor y del poeta-poeta por los

cuatro costados. Prosa para recuerdos, se le describe, se le ausculta. Muchas cosas trabaron a ambos poetas, eso no se podía borrar, no se borra. Como aquel reloj que Aleixandre le regaló a Miguel con motivo de su boda, diciéndole que lo cuidase y se hiciese irrompible en su simbólica de amistad. O aquel saco de naranjas que, en días de guerra, Miguel le llevó desde Orihuela a Vicente, entonces enfermo, en espera de alimentos adecuados. Amor penetrante de la poesía, en ambos poetas, lo que con densidad y noble vuelo de libertad ardía en el corazón urbano aleixandriano y en el corazón pueblerino miguelhernandiano. Por eso, en la prosa memorialista de *Los encuentros* (1954-1958) y de *Nuevos encuentros* (1959-1967) figuran dos importantes emociones, una «evocación» y, asimismo, su «nombre y voz» *(OC,* p. 1245 y p. 1399, respectivamente). De tales páginas surge emocionadamente el recuerdo:

«Evocación: Lo recuerdo perfectamente, pero no tengo la carta, desaparecida como tantos otros papeles queridos. Era una cuartilla de papel basto... Y firmaba así, exactamente: Miguel Hernández, pastor de Orihuela. Desde esos días empezó a venir frecuentemente por casa... Yo le evoco en aquella primera temporada como una fuerza de primavera metida en la primavera... Miguel era más Miguel que nunca... El, rudo cuerpo, poseía la infinita delicadeza de los que tienen el alma no sólo vidente, sino benevolente. Su planta en la tierra no era la del árbol que da sombra y refresca. Porque su calidad humana podía más que todo su parentesco, tan hermoso, con la Naturaleza. Era confiado y no aguardaba daño. Creía en los hombres y esperaba en ellos...»

«Nombre y voz: En el rostro de Miguel brillaban claros los ojos... Este era Miguel... Este hombre, tan acendrado y tan justo, llegó por apuramiento y desnudez a su expresión representativa... Miguel Hernández. El agudo Miguel, punzante y horadador. El amplio y reposado Hernández de todos... Siempre me acuerdo de la estampa de Miguel en la época de la guerra española. Unas botas recias, un viejo pantalón pasado por tierra y agua. Una camisa caqui y, si hacía frío, un cuero. Nada sobre la cabeza... Henchido pecho y voz de él. He oído a muchos poetas decir sus versos. Pocos me han dado esta sensación tan completa del hombre expresado en acto, desde la desnuda garganta.»

Hermosamente grabadas las escenas, la autenticidad en su sitio, en su temporalidad más interior, casi como el sonido horadador de música bachiana, palabra con nociones trepadoras como el ímpetu innovador de la hiedra, lo solidario que corretea por el pecho, el poeta

en la voz de muchos y en utopía lúcida de voz de todos, si se es hombre cabal, si no se difumina el sol calentador de esperanzas. Vicente Aleixandre, que tuvo que alejarse de acciones combatientes, a causa de su salud delicada, rechazó los obstáculos y se unía a quienes defendían entre peligros de muerte la hermosa vida del pueblo. Y eso le unía a Miguel Hernández como le agrupaba a los milicianos de España leal.

Otro amigo, otro poeta joven, otro río de poesía que la muerte se llevó arrastrándole por caudales que nunca se secan, otro poeta con sangre juvenil y una salud enfermiza. Léase atentamente la *Evocación de José Luis Hidalgo:* «Me parece que le estoy viendo, oyendo su voz en aquellas soleadas mañanas madrileñas, cuando venía a continuar mi retrato... mirando su rostro bañado en la luz transparente, ¡qué claramente vi cómo era y a lo que se asemejaba! Rostro cenceño, ardido, consunto. Como si todo él hubiese sido pasado por una llama... Leía sus versos con infinita castidad en la voz. Una mano larga, amarilla, pobre, sostenía el papel donde las letras violentamente enrejadas sobre la blancura parecían querer denunciar una lucha contra un destino. Pero su voz no patetizaba. Por ella pasaba el envío, y la física voz sonaba, corporal, encerrada en el presente ser vivo que tenía un nombre, un hueso, una carne, un accidente. Pero otra voz resonaba más honda, otra voz sin garganta, que todos oíamos en la ronca voz de José Luis. Plateado y tranquilo está aquí su nombre. Su definitiva materia en otra parte duerme. Un cielo mezclado con azul turbio, con indescifrable gris de arcano, vela sobre la tierra donde no se oculta, donde se entrega, donde serenamente descansa» (*OC,* p. 1282).

El tono aleixandriano, y el poeta trágicamente inscrito en sus propios versos de «Los muertos». Tiempo y vida de un poeta, testimonio y el fuego, hasta enfermar, hasta morir. La palabra poética no pudo detener la agravación de la enfermedad. Y ya hemos leído ese cielo y azul, tierra de morir, en la evocación aleixandriana, cariñosa y justa.

¿Poetas con sangre más o menos joven, pero poesía en vida? Con nombre, en semblanzas o en retratos, en pareceres o poemas varios, la memoria aleixandriana ha dejado suficientes ejemplos. Poesías elegíacas, prosas encendidas, amistad con alas de plenitud. Lo iniciado en *Nacimiento último,* de 1927-1952, en donde hay presencias como Emilio Prados y Gabriela Mistral y Pedro Salinas, se prosigue en *Retratos con nombre,* de 1958-1965, y en *Poemas varios,* de 1927-1967, y en *Los encuentros,* de 1954-1958, y en *Nuevos encuen-*

tros, de 1959-1967. Ya no se trata de los compañeros del grupo de 1927, sino también de otros poetas, cuya orientación profesional es más reciente, más joven. Y ahí figuran algunos poetas que, por una u otra razón, han estado en relaciones constantes y no episódicas con el poeta de la calle Velintonia; el resultado se lee en admirables textos que el afán de recordar de Vicente Aleixandre ha ido escribiendo a lo largo de muchos años. Tesonero triunfo de la fiel memoria, que busca claridades, que las une con luces del día triunfante del vivir. El poeta nos ofrece la palabra del conocimiento y del amor. Con emoción. Con dolor de activa combustión. Con angustia de la inevitable consumación.

FIRMA ULTIMA

Suspenso se queda el fulgor de los textos, estancia crítica del poeta en sus recuerdos, en conocer ansioso que con pasmo creciente va recorriendo los paisajes de la vida humana, y al ir acercándose la fase del hombre que se acaba, destrucción o amor, ay de las venturas tan soñadas siempre, una comprensión va surgiendo de una consumación que es total en la muerte, poesía y sueño, albas y noches, tal vez haya muerto el alba, tal vez domine la noche, otras amanecidas habrá, el poeta se alumbra con recuerdos de dolor y de gozo, amor de amores, cántico que continúa impasiblemente la trayectoria de la interioridad sensible, Vicente Aleixandre ya como si se viese empujado y arrinconado, memoria fértil, memoria que un día se vuelve inevitablemente desleal, afán con rabiosa lucidez, acto voluntario que se alcanza en quien sabe, en quien conoce, en quien vive, en quien sueña, y todo eso lo engloba y resume el quehacer de la biopoemática, calles y pueblos y ciudades y universo entero, calor y frío, poesía en verso y en prosa, luz para los hombres, claridad para la vida, amistad ahora y otra vez, ahora y de nuevo amistad, dialogar, verse, hallarse, estar ante los amigos, ante los demás y no tan sólo monólogo sin conversación ante el espejo, la realidad pura y sencilla, la realidad turbia y compleja, poesía aleixandriana angustiosamente apasionada, el texto y la verdad de los recuerdos, grupos generacionales, que sea el de 1927 o el de años de posguerra o el de la poesía malherida en 1936-1939, qué más da, poesía coexistente, compartidora, solidaria, esperanzadamente se coloca el texto junto al existir de hombres, voz dialogante y dialogadora, con la muerte sobre todo, y ejemplo que quise dejar para el final, es un poema que Vicente Aleixandre escribió pensando en

Miguel Hernández, texto tejido entre lo anónimo y lo concreto, amistad con nombre y sin nombre, música escuchada como individualidad o como público, uno y todos, el poema en su floración motivada por la amistad con Miguel Hernández, el poema callado, el poema de voz enronquecida por el dolor, palabras que se refieren a quien en amistad y vida supo ser puntual, «puntual, con puntualidad que podríamos llamar del corazón», amorosa voz de seres que diariamente gozan muerte. Lo curioso es que no diera Aleixandre referencia concreta a su poema, homenaje inmensamente sincero y triste, pero en nidos de lo anónimo, elegía y tristeza en un himno que sirven acaso de epitafio. ¿Quiso Aleixandre establecer un paralelismo en el título de su poema, como hizo Miguel Hernández en algunas de sus composiciones poéticas? Debe advertirse, sin embargo, que el poeta levantino escribió varias elegías; todas conllevan elementos de referencias muy concisas y precisas. Emocionante profundidad del acento elegíaco, cómo «Elegía», de *El rayo que no cesa* (1934-35), y con advertencia clara de que se trata de Ramón Sijé; o como «Elegía», de 1934-35 asimismo, texto no incluido en el libro y que corresponde claramente a una amiga panadera, lo precisa el poeta en aclaración, la panadera del horno de los Fenoll como es sabido; o como «Elegía primera», de *Viento del pueblo* (1937), y que ofrece en su dedicatoria la referencia directa: Francisco García Lorca, además de alusiones también directas en una u otra estrofa del poema elegíaco. Párese de contar, ya no hubo más elegías en la producción miguelhernandiana. Y relaciónese esas elegías con nombre a la «Elegía» aleixandriana, elegía sin nombre. Pero no cabe duda de que el poeta pensó en su amigo Miguel Hernández. Y se ha escrito que «Aleixandre dedicará a tan ejemplar amigo una hermosa elegía, que publicaron los *Cuadernos de las Horas Situadas*, de José Manuel Blecua» (21), y que ruego se me perdone que cite en su totalidad, poema hermoso y significativo del afán de recordar aleixandriano, soñadoramente y vivencialmente solidario con el pobre Miguel. Poesía de sufrimiento en el momento justo en que lo necesita la memoria:

ELEGIA

I

No lo sé. Fue sin música.
Tus grandes ojos azules
abiertos se quedaron bajo el vacío ignorante,
cielo de losa oscura,

(21) Cfr. Leopoldo de Luis: *Vida y obra de V. Aleixandre* (Espasa-Calpe, Madrid, 1978, p. 140). Elegía que figura en *Nacimiento último.*

masa total que lenta desciende y te aboveda,
cuerpo tú solo, inmenso,
único hoy en la Tierra,
que contigo apretado por los soles escapa.
Tumba estelar que los espacios ruedas
con sólo él, con su cuerpo acabado.
Tierra caliente que con sus solos huesos
vuelas así, desdeñando a los hombres.
¡Huye! ¡Escapa! No hay nadie;
sólo hoy su inmensa pesantez da sentido,
Tierra, a tu giro por los astros amantes.
Sólo esa Luna que en la noche aún insiste
contemplará la montaña de vida.
Loca, amorosa, en tu seno le llevas,
Tierra, oh Piedad, que, sin mantos, le ofreces.
Oh soledad de los cielos. Las luces
sólo su cuerpo funeral hoy alumbran.

II

No, ni una sola mirada de un hombre
ponga su vidrio sobre el mármol celeste.
No le toquéis. No podríais. El supo,
sólo él supo. Hombre tú, sólo tú, padre todo
de dolor. Carne solo para amor. Vida sólo
por amor. Sí. Que los ríos
apresuren su curso; que el agua
se haga sangre; que la orilla
su verdor acumule; que el empuje
hacia el mar sea hacia ti, cuerpo augusto,
cuerpo noble de luz que te diste crujiendo
con amor, como tierra, como roca, cual grito
de fusión, como rayo repentino que a un pecho
total único del vivir acertase.
Nadie, nadie. Ni un hombre. Esas manos
apretaron día a día su garganta estelar. Sofocaron
ese caño de luz que a los hombres bañaba.
Esa gloria rompiente, generosa que un día
revelara a los hombres su destino; que habló
como flor, como mar, como pluma, cual astro.
Sí, esconded, esconded la cabeza. Ahora hundida
entre tierra, una tumba para el negro pensamiento cavaos,
y morded entre tierra las manos, las uñas, los dedos
con que todos ahogasteis su fragante vivir.

III

Nadie gemirá nunca bastante.
Tu hermoso corazón nacido para amar
murió, fue muerto, muerto, acabado, cruelmente acuchillado de odio.

¡Ah! ¿Quién dijo que el hombre ama?
¿Quién hizo esperar un día amor sobre la Tierra?
¿Quién dijo que las almas esperan el amor y a su sombra florecen?
¿Que su melodioso canto existe para los oídos de los hombres?
Tierra ligera, ¡vuela!
Vuela tú sola y huye.
Huye así de los hombres, despeñados, perdidos,
ciegos restos del odio, catarata de cuerpos
crueles que tú, bella, desdeñando hoy arrojas.
Huye, hermosa, lograda,
por el celeste espacio con tu tesoro a solas.
Su pesantez, al seno de tu vivir sidéreo
da sentido, y sus bellos miembros lúcidos para siempre
inmortales sostienes para la luz sin hombres.

Toda la pasión de la memoria aleixandriana se halla en este poema; toda su hermosa floresta de recuerdos, vivencias y lecturas. Porque rezuma presencia miguelhernandiana, palabras y hasta metáforas angustiosamente entresacadas de la obra miguelhernandiana. Memoria que se desperdiga con sus simientes de dolor y desaliento. Un poeta muerto, una vida truncada, un amor destruido, ese cotidiano esfuerzo de amar y sobrevivirse, ese fragrante vivir que todos ahogasteis, un poeta con vida sólo por amor y que por amor fue muerto. Memoria tensa y como al acecho de peligros. Si elegí esta elegía de Vicente Aleixandre lo hice basándome en dos consideraciones: la ternura amistosa y durable hacia lo miguelhernandiano, y la estela biográfica de un hombre, y ambas consideraciones me ayudan a subrayar la clarísima solidaridad aleixandriana. Incluso en un texto anónimo brillan los recuerdos de una aventura humana asumida y compartida. Entrañablemente, Vicente Aleixandre, con su memoria azotada por vendavales, acosada por uñas y manos y miradas. Vicente Aleixandre, en su denodado afán de recordar, memoria cuyo patetismo a todos nos alcanza, a todos nos inunda de luz y de historia tormentosas y atormentadas.

JACINTO LUIS GUEREÑA

37, avenue Marcel Castié
TOULON (Var- Côte d'Azur)
(Francia)